

Tema 5. La Dictadura de Franco (1939-1975)

La política exterior de los últimos años de la Dictadura

En los seis últimos años de la dictadura ocuparon la cartera de exteriores Gregorio López Bravo (1969-1973), Laureano López Rodó (1973-1974), y Pedro Cortina y Mauri (1974-1975).

La actuación de López Bravo fue la más destacable y el que le dará una impronta muy personal a la acción exterior española debido entre otras razones a su mayor duración en el cargo frente a sus sucesores, quienes debido al corto tiempo de permanencia no pudieron definir una política exterior propia.

Gregorio López Bravo seguirá la política del ministro Castiella de intentar minimizar las limitaciones que imponía el carácter dictatorial del régimen franquista en el ámbito internacional e imprimió un aire nuevo a la diplomacia española dando relevancia a las cuestiones económicas, al asumir su ministerio las competencias en comercio exterior.

Entre las primeras realizaciones llevadas a cabo bajo su mandato destaca la renovación del acuerdo con Estados Unidos a través del Convenio de Amistad y Cooperación, suscrito el 6 de agosto de 1970 con el que se superaba la crisis vivida años atrás y se fortalecía la relación bilateral de gran interés económico para España.

En octubre de 1970 el presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, visitaba España reforzando con su presencia la relación entre ambos países. Ese mismo año también se materializó el acuerdo comercial preferencial entre España y las Comunidades Europeas, paso previo a la plena integración que no se hizo por el carácter dictatorial del régimen español. Otra de las realizaciones de la gestión de López Bravo fue la de consolidar la aproximación a los países bajo regímenes comunistas del Este de Europa, iniciada en la época de Castiella con el establecimiento de relaciones comerciales con Rumanía en el año 1967.

La conocida *Ostpolitik* de López Bravo se concretó en el restablecimiento de relaciones consulares con Hungría, Bulgaria y Checoslovaquia, pleno reconocimiento diplomático con la República Popular China y la República Democrática de Alemania, y una serie de acuerdos comerciales con la Unión Soviética, Yugoslavia, Polonia, Rumanía y la Cuba de Fidel Castro.

Las relaciones diplomáticas con la Santa Sede fueron complejas y en ocasiones muy distantes, como señala Juan María Laboa: *“generalmente muy buenas en las formas, pero más cautas y desconfiadas en el fondo”*.

El distanciamiento se produjo desde la llegada de Juan XXIII como obispo de Roma en 1958, de su sucesor Pablo VI en 1963, y la aplicación del nuevo espíritu católico tras la celebración del Concilio Vaticano II. A todo ello se suma el deseo por parte de la Santa Sede de una renovación del Concordato firmado en el año 1953, y la renuncia del privilegio de presentación por el que el jefe del Estado intervenía en el nombramiento de obispos.

Durante la gestión de López Bravo no se alcanzó ningún acuerdo con el Vaticano y las relaciones con Roma fueron muy tensas. Una compleja relación que no pudieron mejorar los posteriores ministros Laureano López Rodó y Pedro Cortina Mauri.

Las relaciones internacionales de estos años también van a estar determinadas por el proceso *“arrítmico y dificultoso”*, en palabras de Rosa Pardo y Florentino Portero, de descolonización de las últimas posesiones españolas en el continente africano por la resistencia de Franco y el propio Carrero Blanco a conceder la independencia a esos territorios.

En el año 1963 el gobierno español aprobó un régimen de autonomía para Guinea, pero finalmente en 1968 España tuvo que ceder ante las presiones de Naciones Unidas concediendo la independencia a Guinea tras la celebración de un referéndum en el país africano.

Una situación muy distinta fue la del Sahara ya que su desenlace coincide con la agonía del dictador y el final de la dictadura. Y es que curiosa y paradójicamente, el último capítulo de la política exterior franquista se cerró en el territorio en el que el dictador había forjado su carrera militar.

El rey Hassan II de Marruecos aprovechó la débil e incierta situación política española para plantear la recuperación del territorio saharauí, región desértica revalorizada desde el descubrimiento de las reservas de fosfatos a finales de la década de los años sesenta y sus reservas pesqueras, y en pugna entre Marruecos, Mauritania y Argelia.

La dubitativa política española ante el futuro independiente del Sahara y la represión ejercida hacia los movimientos nacionalistas favoreció el crecimiento del movimiento partidario de la

independencia organizado en torno al Frente Político de Liberación del Sahara y Río de Oro, el Frente Polisario, apoyado por Argelia.

España optó por la celebración de un referéndum de autodeterminación, pero Marruecos presionó en Naciones Unidas para que España se retirara de ese territorio y presentó una denuncia ante el Tribunal Internacional de la Haya, quien falló a comienzos de octubre de 1975 en favor del derecho de autodeterminación del Sahara.

La rápida reacción de Marruecos se concretó en lo que se conoció como la *Marcha Verde*, la movilización de centenares de miles de civiles marroquíes con el objetivo de ocupar el Sahara español.

El régimen franquista vivía sus últimos días. El príncipe Juan Carlos había asumido las competencias de jefe del Estado y se decidió no intervenir militarmente y optar por la negociación. El 14 de noviembre de 1975 se firmó el Tratado de Madrid, un acuerdo tripartito con Marruecos y Mauritania en el que España cedía la administración del Sahara a estos dos países con el compromiso de que ambos llevaran a cabo su descolonización, compromisos que no fueron cumplidos. A través de la *operación Golondrina* se llevó a cabo la rápida evacuación de los españoles en el Sahara poniendo con ello fin a la presencia española en el continente africano.